

PAÍTO,



“LA GAITA VA EXPLICANDO
LO QUE VA DICIENDO”

Por Rosa Chamorro

Mi nombre es Rosa Chamorro y el descubrimiento no empezó al nacer, llegó después, con la historia de mis antepasados, la de mis bisabuelos esclavos, Josefina y Rubén, y como testigo de su esclavitud la mácula en el apellido. Mi abuelo, por razones que desconozco, con su sabiduría de montes y de hierbas, terminó en San Onofre, proveniente del Pacífico chocoano, cuando ya la población de esa parte del Caribe era heredera del cimarronaje. Conocido como curandero, estableció una pequeña botica en ese pueblo. Vestía de blanco, cuentan, y la única vez que lo vieron de rojo fue en apoyo al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. También hay quienes lo vieron tocar el tambor en las noches en que el mar parece devorar el silencio de la playa.



Archivo fotográfico de Rosa Chamorro

Ami abuelo lo empecé a conocer así, con historias, y a sentirlo después, cuando empecé a tocar el tambor de la mano del maestro Fredy Emiro Corrales Castro de “Herencia Carángano”, en Corozal, y entre clases de ritmo de cumbia, gaita, bullerengue y mapalé...toque, variaciones, palmada en el cuero del tambor, el profesor Fredy me contaba la historia de los tambores palenqueros y de los gaiteros negros. Tocada por el espíritu de mis ancestros, a mí se me abría en el camino una trocha, que comenzaba a recorrer con la voluntad y la curiosidad de quien quiere saber de dónde viene. Así me enteré de que existieron tamboreros grandes, como los maestros Pedro Alcázar, Fernando Mosquera, Paulino Salgado “Batata”, Pablo Berrío, Encarnación Tovar ‘el Diablo’, y gaiteros negros como Medardo Padilla, Manuel Zúñiga, Victorio Cassiani, Silvestre Julio, Juan del Toro Castro y Jesús Sayas.

El maestro Sayas, gaitero negro, me contó mi profesor, falleció hace unos años y quedó un último maestro de la gaita negra. “Está viviendo”, me dijo, “en una isla cerca de Cartagena, Isla Grande [la isla mayor del archipiélago Islas del Rosario]; se llama Sixto Silgado, más conocido como Paíto”. “¿Y qué tiene de diferente —le pregunté a mi profesor Fredy— la gaita negra de la gaita indígena?”. Y me dijo: “la gaita india es melancólica y la gaita negra es una gaita alegre en su ejecución y su canto”. Fue así como surgió mi interés por conocer a Sixto Silgado, el último gaitero negro, el famoso Paíto.

Ya se escuchaba el alboroto del mercado como aviso de que estábamos cerca. El taxista bajó la velocidad para integrarse a otra circunstancia, la de cientos de personas que se afirman en esa tierra como suya, la de las carretas que despreocupadamente andan por doquier cargadas de bananos, aguacates, piñas...El día todavía estaba fresco y apenas se asomaba con cierta timidez el sol cuando subimos a la lancha que ya estaba medianamente ocupada. Ese dicho que reza “al que madruga Dios le ayuda” se aplicaba a las circunstancias de mi miedo, pues me tocó un puesto en la parte trasera, don-

de los saltos repetidos de la lancha ya en alta mar se sienten menos, según la sabiduría de quienes son hijos más del mar que de la tierra, como una de mis compañeras de viaje, Carolina Morales. Tres horas esperamos para arrancar, mientras el maletero subía mercados, enseres y hasta un gallo de pelea; unas muchachas jóvenes que viajaban detrás mío verían luego con temor cómo asomaba su pico durante el trayecto, que duró más de lo que pensábamos. El joven capitán daba instrucciones en voz alta, mientras conducía la lancha, a otro que estaba detrás, cerca del motor, y otro igual de joven iba en la proa encima de las cajas y bultos, saltando al compás de la lancha como desafiando la brisa fuerte del mar; este último tenía la misión de hacer señales al capitán para que corrigiera el rumbo cuando divisara boyas u otras embarcaciones al frente de la lancha. La primera parada fue inesperada para nosotros los pasajeros: sin haber salido de la bahía, nuestra lancha se detuvo en un primer puerto, donde un niño se bañaba al lado de los botes. Divisé casas sencillas, de gente humilde, con el color gris de sus bloques y ropas extendidas en ese frente indicándome que solo miraba sus patios. Una señora le preguntó al capitán qué hacíamos en Caño del Oro; fue así como supe donde estábamos y la razón: buscaban aceite, algo pasaba con el motor. Luego, nos fuimos a otro punto de embarque en el área de Bocachica, que uno puede asociar con el bocachico, ese pescado tan rico que se come frito acompañado de arroz de coco. Ahí fuimos recibidos por varios niños que lucían ante nosotros su agilidad acrobática para lanzarse al mar en busca de las monedas que los turistas solían lanzarles para probar sus dotes de buceo.

Ya en marcha, a toda velocidad, en un viaje amable como si las olas del mar se hubieran aplacado en una suerte de prodigio, llegando a nuestro destino, divisé la Isla de Barú, el lugar en el que luego me diría Paíto que sería enterrado después de que sus ojos se cerraran y sus manos se despidieran del único instrumento al que le ha sido fiel desde niño: el instrumento que le hurtó a su padre antes de dejar para siempre María la Baja, la gaita.



Archivo fotográfico de Rosa Chamorro

El muelle es de madera, como todos los de por ahí, roído por la salinidad del agua y desperdido por el sol; al poco tiempo de caminar, ya no vemos el cristal azul-verde del mar. Es medio día y ahora todo parece dormir la siesta. Vamos por caminos donde los manglares extienden sus laberínticas y delgadas manos de mil dedos sobre un agua cenagosa y anaranjada por la arcilla. De vez en cuando, veo un halcón en un árbol en estado de omnipotencia. Sorteando pequeños caminos, llegamos a la casa de Arnida, una vieja amiga de Carolina, una verdadera contadora de historias; si nos sentamos, no llegamos a salir de su casa temprano y tenemos hambre. Desde afuera, le damos un sonoro saludo de viejo tiempo. En unos minutos más estamos nuevamente junto al mar, en el Eco Hostel de nuestros amigos Margarita, Ever y la pequeña Koral; su nombre es Ubuntu.

La mayoría de los pobladores de Islas del Rosario tiene un estrecho lazo con Barú porque sus primeros pobladores llegaron de esa isla, cuando aún era península, porque no se había construido el Canal del Dique, que la separó de tierra firme; allí se escondían los cimarrones, habitaban esclavos y hacendados españoles no en

santa paz: era una tierra de conflictos porque la libertad y la lucha por los territorios fue una constante de los venidos de África, según me contó Ever de la Rosa, reconocido líder de Islas del Rosario que tiene parte de su familia en Barú. Su pequeño paraíso hace eco a la ancestralidad y solidaridad de los habitantes y también es una postura ética: el Ubuntu, porque yo soy porque tú eres o soy porque somos nosotros, todo lo que es mío es para todos. Corales, en eso consiste la tierra de la isla, siempre los mismos corales devorados por el mar, árboles flanqueando la orilla y una lancha llamada “Adiós Dolor”, que me hace reír. Las olas gozan de una pasividad engañosa —solo hace muy poco se estremecieron y crecieron por la fuerza del huracán Iota, que alcanzó a hacer algunos daños en la isla—. Hablamos abrigados por un tejado de palma denominado Teranga, un gran kiosko, palabra que en wólof —Senegal— significa “hospitalidad” y “abundancia”. ¿Cómo podría ser de otra manera? La vida activa ocurre dentro de Teranga. Se reciben allí las visitas, se conversa de lo importante y lo trivial, se festeja, se ríe, se comparte la comida, hasta se baila, todo lo es Teranga. Me comenta Ever que antes la isla era autosuficiente, se cultivaba,



Archivo fotográfico de Rosa Chamorro

los pobladores de Barú venían a las islas a cultivar principalmente y luego las fueron poblando. Así fue como Paíto llegó, después de un toque en Barú donde se enamoró; pensaba quedarse un día en Isla Grande, pero se quedó el resto de su vida. Se vino con ella, Danilsa, la que lo ha acompañado toda su vida, la madre de sus cinco hijos, una mujer y cuatro varones, con quienes conforma la agrupación musical Gaiteros de Punta Brava. Paíto es hijo de agricultores y descendiente de músicos. Él mismo ha cultivado toda su vida y así me lo encontré con uno de sus hijos, con machete en mano. Convencerlo para una entrevista no fue tan difícil porque yo tenía al lado a Carolina, que tiene en la isla su segunda patria, y yo, que no me muevo como pez en el agua entre sus habitantes, me sentía en casa.

Nos brindaron un café que él mismo trajo como gesto de hospitalidad. La conversación comenzó como suele suceder en ese lugar, “mamando gallo”, recordando anécdotas jocosas o agradables.

Paíto: Yo me vine para Islas solo por un día y me quedé. Me vine escondido y me robé la gaita hembra del viejo. Recuerdo que pasamos el treinta y uno en Barú.

El cinco de enero nos vinimos con las maletas a la isla en bote de vela y, ay, Dios mío, esto se va a voltear, y yo buscaba para enderezarlo. Después fui a Cartagena y me traje a mi mamá y a mi papá. Y aquí hacíamos fiesta. “Vayan a buscarme a Paíto”, decían, y yo me iba. Mi papá tocaba la gaita hembra y yo tocaba la gaita macho. Veníamos con el billete y con cinco botellas de ron Tres Esquinas [risas].

Rosa: ¿Ustedes siempre se han llamado los Gaiteros de Punta Brava?

Paíto: Sí, porque tocábamos mucho en Punta Brava.

Rosa: Paíto, ¿siempre le gustó la gaita hembra?

Paíto: Mi papá era gaitero de la gaita hembra y, entonces, tenía un machero que se llamaba Manuel Lao. Primero cogí el macho y aprendí la gaita macho porque pensaba “para cuando Manuelito fallezca quedo yo en el puesto”, y así fue. Antes de aprender a tocar la gaita hembra, aprendí a tocar el macho. Cuando ya me aleccioné de la gaita macho, yo le dije al “viejo”: “yo quiero la gaita tuya porque va explicando lo que va dicien-

do”. Mi papá componía y tocaba la gaita hembra, pero no cantaba. Yo compongo y canto. Siempre he estado con la gaita, nunca cambié, siempre lo mismo. La gaita hembra me la van a quitar cuando cierre los ojos.

Rosa: Paíto, cuénteme cómo es su proceso creativo, ¿cómo compone?

Paíto: Estoy acostado y cualquiera dice “Paíto está durmiendo en su cama”. Yo estoy en el pensamiento de la música, en sus sentidos; en mis pensamientos llevo la música. Tal día estuve yo soñando y luego me acuerdo de una puya, una gaita jalá... en la mente yo solo... El día que me sale un toque, les digo: “tal día estaba yo durmiendo y me acuerdo de un son, vamos a tocar ese son para vé”. Pan pan pan... ese tema ya estaba hecho hace tiempo, durmiendo. A mí me dicen: “Paíto, si tú escribieras, si tú supieras leer...”. Mira nada más cuando en la barriga de mi mamá pateaba. “¿Qué quiere este pelaó?”, le preguntaba mi papá. “Mijo, la gaita, toca la gaita”, le contestaba mi mamá. El año que yo nací, un Jueves Santo, el cinco de abril, no dejé que mamá hiciera la Semana Santa [risas].

Rosa: Paíto, ¿por qué le dicen gaita negra a la que usted toca?

Paíto: Por la manera de tocar. El instrumento es el mismo, pero la manera de tocar es diferente; cada gaitero tiene su manera de tocar. La gaita negra tiene un sonido más grueso.

Rosa: Paíto, ¿conoció al gaitero Jesús Sayas Silgado? Vivía en Pita.

Paíto: Somos familia por parte de Silgado. Todos los tíos míos por parte de mi mamá tocaban gaita; los Silgados tienen raíces en San Onofre. Dos veces fui al cumpleaños de él y tocamos juntos. Me gustaba ir allá: había buen ñame, plátano, buena yuca harinosa que apenas olía el agua caliente de una vez se rajaba; me la tomaba con leche porque él tenía un poco de vacas. Yo tenía un canterito y lo llenaba.



Rosa: Paíto, se nota que le gusta a usted el campo...

Paíto: Yo nací en la agricultura: mi papá era agricultor, mi papá hacia rozas recogía paños de arroz... yo soy agricultor, yo sé sembrar arroz, cortarlo, siembro yuca, patilla, melón, ahuyama, caraota... Mi papá también era monteador; monteaba en Montería: traía la guatinaja, el venado, el ñeque, el armadillo, y así salí yo también. Yo tenía un amigo, tenía mi perro, y con un amigo, Alfonso Berrio, que falleció, decíamos: “mañana vamos pa’ Cuatro Vientos”. Nos íbamos el viernes y regresábamos el domingo cada uno con una mochila de carne de monte.

Rosa: Paíto, dicen que usted es el último exponente de la gaita negra...

Paíto: Sí, eso dice mucha gente. El que no aprenda conmigo es porque no quiere aprender porque yo no niego música a nadie.

Rosa: ¿Cuál es su mayor satisfacción?

Paíto: Enseñar, porque algún día me voy a morir y queda esa persona ahí. Y ahí está Paíto, aunque no sea yo.

Rosita, ¿vamos con un sonsito? Esta gaita mía está hecha de madera de cedro...

Y empieza a sonar una hermosa melodía que brota de la gaita negra de Paíto

Ya solo queda la noche y los sones de Paíto.

Despedirme de personas como Paíto me llena nostalgia. Espero volver pronto a la isla; algo mío también se encuentra allá. Todavía no logro identificar qué será; supongo que puede ser la historia común de nuestros antepasados africanos: no solo de sus tristezas, sino también de su alegría y esa forma de amenizar el peso de la vida con la música. ■

